

La labor de las JUVENTUDES SOCIALISTAS

LA CENTRAL SANITARIA

Por MARGARITA NELKEN

Reproducción de ESTAMPA

17 Octubre - 1936

Era en los primeros días de la insurrección fascista. Los ejecutivos de la Federación Nacional de Juventudes Socialistas Unificadas hallábanse en su mayoría desperdigados, sorprendidos por la explosión lejos de Madrid, en tareas de propaganda muchos de ellos. Pero había que actuar rápidamente, tomar iniciativas. Dos jóvenes, Aurora Arnáiz y Agustín Nieto, ambos de la Ejecutiva, se encontraban en la capital. Los que por aquellos días hubimos de estar repetidamente en contacto con la Federación de Juventudes sabemos bien cómo, de día y de noche, sin tomarse punto de reposo durante varios días y noches seguidos. Aurora Arnáiz y Agustín Nieto, con mano firme y abnegación ejemplar, supieron empujar durante la ausencia forzosa de sus camaradas el timón de una organización que, desde el primer instante, tuvo un puesto de honor en la ruta hacia la victoria.

Volvieron a Madrid los ejecutivos ausentes. Algunos, como José Llin y Santiago Carrillo, regresaban requeridos y obligados, después de haber luchado en los frentes del Norte. Otros, en cambio, desplazábanse para adquirir un nimbo imperecedero de inmolación a la causa proletaria, como Lina Odeana, o de heroísmo sereno y llevado reflexionadamente hasta las últimas consecuencias del sacrificio, como Fernando de Rosa, cuya gloria queda inseparable de la del Batallón Octubre. Poco a poco, el trabajo se fué encanzando: unos a luchar; otros, a organizar; unos, a impulsar el avance en el frente; otros, a permitir desde la retaguardia los máximos aciertos en la línea de fuego. No se sabe lo bastante la magnitud de la labor desarrollada por nuestras juventudes.

Y es preciso que se sepa, para que éstas en la estima-

ción y gratitud de todos queden en el plano que les corresponde, y para que, «en su día», nadie se atreva a mermar ni regatear a nuestros jóvenes el puesto de responsabilidad que sus obras les habrán merecido.

Se empezó, sencillamente, por un servicio sanitario de urgencia. Puesto que el enemigo, en su traición, había hecho tabla rasa de casi todos los servicios del Ejército, no era cosa de cruzarse de brazos pensando, alegre y confiadamente, que los que quedaban iban a bastar. Desde su primitivo y modestísimo local de la calle del Barquillo, la Federación de Juventudes, inmediatamente de estallar la guerra, organizó sus ambulancias, que iban diariamente al frente, a recoger a los heridos, sin distinción de filiación política ni de clase: lo mismo los milicianos que los de los cuerpos regulares, y los distribuían, sin pérdida de tiempo, en los hospitales de sangre. Al principio, todo el personal de ambas ambulancias—médicos, enfermeras, etcétera—provenía exclusivamente de organizaciones socialistas, y aunque la labor es de todos y ninguno, al realizarla, aspira a otra cosa que a llevarla a cabo lo mejor posible en beneficio de la colectividad, si queremos destacar los nombres de los camaradas que salieron en la primera ambulancia: el doctor Barroso Rodríguez, practicante; y como enfermera, Leonor Menéndez, la Leo de octubre, a quien ni la incomunicación, inhumanamente prolongada, ni la barbarie de los malos tratos y las amenazas constantes de fusilamiento habían logrado entonces «hacer hablar», y a quien ahora nada, ningún temor había

de impedir tampoco llegar en cumplimiento del deber voluntariamente impuesto hasta las más peligrosas avanzadillas.

Poco a poco vinieron las grandezas. El Batallón Octubre proporcionó un soberbio material de fisioterapia, incautado en la clínica de un médico fascista: no era otra cosa que las Juventudes, con su voluntad de transformar una sociedad absurda, basada en el lema: para el rico y el ocioso, todos los cuidados; para el que trabaja y produce y no tiene dinero, una mala cama en un mal hospital, no era otra cosa, decimos, de que las Juventudes no supieran hacer para los suyos que arriesgaban la vida, lo que los médicos fascistas, o al servicio de fascistas, habían hecho para estos últimos. El hotel de los ex condes de Campo Alange proporcionó un lugar perfecto para una policlínica adornada, cual dice el clisé al uso, con todos los adelantos modernos. Era el tronco, la casa-madre, cual hubieran dicho los antiguos moradores. Las ramas, robustas y potentes, crecidas como por arte de magia casi instantáneamente (magia de la voluntad al servicio de un porvenir menos injusto) fueron la enfermería instalada en un hotel anexo, y el Club de Campo para los convalecientes.

Responsable médico: Angel Rodríguez Olleros. Responsable femenino: Leo, que también ayuda a las curas de cirugía. La farmacia, ad-

mirablemente pertrechada, a cargo de Jorge Kloos, un socialista alemán, o sea un antifascista elevado al cubo por el anhelo de vengar, en la ayuda a los que hoy luchan contra el fascismo en España, todos los dolores causados a sus compañeros esclavizados por el salvajismo hitleriano. La intendencia, a cargo del camarada Rodríguez, «requisador», que encuentra siempre lo que hace falta, aunque tenga que inventarlo. ¿No tiene acaso la policlínica una de las mejores instalaciones de Rayos X y no tiene la enfermería las más cómodas y a la par bonitas camas de metal que existen?

Pero no preguntéis, fuera de poquitos nombres, por nadie del personal del principio: médicos, practicantes y enfermeras se han ido renovando. Los primeros fueron, en cuanto otros pudieron substituirlos, enviados al frente, a los batallones de las Juventudes. Y es que el ser aquí enfermera no es cosa de postín, con toca y uniforme bonito, sino que va en serio. Y si no, que lo digan Cira, «la Pionera», que con sus quince años subió a las ambulancias, aguantó bombardeos y tiroteos y fué regañada por quedarse «allí arriba» más de la cuenta; o a Carmen Largo Caballero, a quien el ser hija del jefe del Gobierno no ha eximido de fregar los pisos cuando le ha tocado el turno, «como las buenas». Además, igual que los teatros soviéticos, que tienen sus academias

propias para formar sus actores, conforme a «sus» escuela; la policlínica tiene su cuerpo de enfermeras, instalado en el antiguo estudio de la ex condesa (una mala aficionada a la pintura.) Las diez y ocho primeras alumnas ya han sido destiradas a los distintos frentes. Ahora empieza el nuevo curso, con veinticinco alumnas, procedentes de Cultura Popular y de diversos radios.

—Y estos negros nos sirven estupendamente para las lecciones de vendaje de brazos y cabeza—explica Rodríguez Olleros.

Los negros son unas figuras horribles, prueba irrecusable del mal gusto de los señores condes.

A su llegada, los heridos son reconocidos y en seguida repartidos entre las clínicas que han cedido parte de sus camas a esta Central Sanitaria. Santa Alicia, del Dr. Vital Aza—que estuvo desde primera hora al servicio de las Juventudes—y Mateo Milano. También se dispone, en caso necesario, de algunas camas en San Carlos. Los enfermos (salvo los venéreos, que van al Sanatorio Torres Fraguas) quedan hospitalizados aquí mismo: en el hotel anexo, cuya historia, por cierto, no deja de ser curiosa desde el punto de vista de las costumbres de lo que se llamaba «gente bien»: oficialmente, pertenecía a la Compañía Mercantil Inmobiliaria; en realidad, lo disfrutaba una señora llamada Pilar Chacón, amiga del marqués de Amurrio. El conserje es el mismo; ahora su cometido consiste en asear a los «nuevos», o sea en bañarlos, y cuando es menester, en quitarles lo que Santa Teresa llamaba «la mala gente», cuyos picores desvelaban a sus monjas. Antes de estas operaciones, viene

la de la ficha médica, e inmediatamente después el reconocimiento detenido y el establecimiento del plan.

¿Hablaemos, uno por uno, de todos los detalles que dicen de la minuciosa solicitud de los responsables y organizadores para con sus enfermos? Las mesas, coquetamente dispuestas y servidas por las propias enfermeras; la lectura que nunca falta, el servicio de lavaderos, que recoge cuantas ropas, de cama o pijamas, hayan servido aunque sólo fueran unos momentos; la carpintería y el taller de costura instalados en los sótanos; el laboratorio, que tiene su hada, la camarada Pilar, una muflequita de ojos muy grandes y gestos muy quedos, habla apenas, a quien no se siente nunca, pero que era una de las mejores auxiliares de Jiménez Díaz en su laboratorio bacteriológico... Más: cada departamento, cada detalle, precisaría un comentario aparte. Contentémonos, para terminar, con señalar la organización interna: para las setenta y cinco camas hay constantemente seis enfermeras y cuatro médicos (uno de éstos es una médica: Carlota Agulló, además de los responsables. Completan el personal cuatro chicas de cocina y tres encargadas de la limpieza. De noche quedan de guardia un médico y dos enfermeras en la enfermería y un médico y una enfermera en la policlínica. Y fíjate bien en esto, lector; tú, el que no has querido aún darte cuenta de que las ocho horas no rezan cuando se trata de echar el resto—y más—para aniquilar al enemigo, aquí la jornada es permanente: de siete o siete y media de la mañana, en que llegan todos, hasta las diez de la noche, «por lo menos.»

Y según los turnos, las guardias que empalman una jornada con otra. ¿Os enteráis ahora de lo que significa en todos los órdenes la labor de nuestras juventudes?



El primer discurso de Lenin en Moscú

por Ana Ulianova-Elizarova

En 1893-1894, Vladimir Ilich fué a Moscú a pasar las fiestas de Navidad. Fué entonces cuando tuvo una polémica muy interesante con los populistas. He aquí como lo relata la camarada Golubieva Iasniewa, en su libro de memorias:

«Quiero describir un pe-

queño episodio de la vida de Vladimir Ilich tan rica no sólo de hechos preciosos sino de acontecimientos de trascendencia histórica. Se trata de una de sus primeras intervenciones en público, en una reunión ilegal bastante numerosa para aquel tiempo. Conocí a Vladimir Ilich

hace mucho: en el año 1890, cuando le conocí, era muy joven, estudiaba detenidamente a Marx y en general trabajaba mucho en su propio desarrollo. Recuerdo que me asombraba su extraordinaria capacidad de trabajo.

«Vivíamos en Samara. La región del Volga atravesaba un período de hambre (1891) y esto estimulaba el espíritu de oposición, predominaban naturalmente las corrientes populistas, pero Vladimir Ilich tenía ya formado su punto de vista y definida su línea de conducta.

Tratábase del hambre, o de la ayuda a los hambrientos, o de la participación de los revolucionarios en los comedores obreros, Vladimir Ilich tenía siempre su respuesta adecuada, que se distinguía por ser siempre precisa y de temple revolucionario.

Pero volvamos al episodio. Fué en el invierno del año 1893-1894. Yo entonces estaba desterrada en Tver, bajo la vigilancia de la gendar-

mería. Pero aprovechando la proximidad de Moscú, escapaba a menudo para renovar en la capital mis relaciones interrumpidas. Después del año del hambre de 1891-1892 Moscú se había animado algo, se formaron diversos círculos y organizaciones; los populistas, el «círculo de los derechos del pueblo», los culturalistas, etc., etc. Yo tenía relaciones, sobre todo, con el grupo de los llamados populistas. En uno de mis viajes a Moscú, uno de estos populistas me dió un billete para una de las veladas ilegales, «muy conspirativa», donde nos reuniríamos para hablar libremente, sin cuidado en los labios, y tratáramos de nuestra línea general de conducta. Ese camarada agregó: «Como en la velada se piensa reunir en lo posible a todos los que están en desacuerdo pero que luchan contra el mismo enemigo, podría usted venir, si quiere, con alguien, pero que sea interesante».

Lo pensé un momento y

le pedí otro billete, que entregué a Vladimir Ilich. En aquellos tiempos yo era todavía jacobinista y le veía con poca frecuencia, pero todo lo que él decía me barreñaba el espíritu hasta el punto de que yo le creía el único espaz de hallar algo nuevo, de indicar una nueva salida de la confusión que reinaba entonces. Justamente por eso fué a él y no a ningún otro, a quien entregué el billete para aquella velada. Vladimir Ilich no aceptó en seguida, pero sin embargo, fuimos.

La velada tuvo lugar en «Guirchis», casa perteneciente a Guirch, en la calle Bronnia, siempre repleta de estudiantes. El departamento era de tres piezas y estaba lleno de gente, la mayor parte estudiantes, pero también estaban bien representados los círculos intelectuales de Moscú. Alguien leyó un informe. El informe no lo recuerdo, posiblemente por haber llegado tarde. Recuerdo sólo los debates, que to-

maron pronto un carácter acalorado, sobre todo después que Ilich comenzó a polemizar con un populista de importancia, de mediana estatura, de fuerte contextura, rubio y calvo, sentado en algo así como el «rincón rojo» y al que la juventud trataba con mucha veneración.

Recuerdo que mi hermano, que tenía entonces 23 años, estaba de pie en la puerta de la pieza contigua, con un grupo de jóvenes. Lanzó al principio algunas réplicas audaces e irónicas, que hicieron volverse a la mayor parte de los asistentes para indicar su reprobación. Después hizo uso de la palabra.

Con audacia y decisión, con todo el ardor de su juventud y la fuerza de su convicción, pero armado a la vez de profundos conocimientos, Vladimir Ilich comenzó a destrozar la doctrina de los populistas, sin dejar piedra sobre piedra. La actitud hostil ante su imper-

Pasa a la 6a. página